

viesan una lente poderosa, concentran en su foco el calor y la luz. Por esto la Cruz es el refugio del cristiano, es su amparo, es su gloria, es su proteccion, es su gracia, es su escudo, es su esperanza, es su salvacion, es su vida. Por esto el cristiano se ase de ella con ambos brazos; la pone sobre sus hombros con intrepidez; marcha con ella con fortaleza, y sigue, sin soltarla, las huellas que están visibles en el camino de la vida, de las divinas plantas de Jesucristo.

Pero al mismo tiempo que la Cruz concentra, desparrama, y de ella emanau los mismos bienes: pues como lo afirma San Leon, «es manantial de todas las bendiciones y causa de todas las gracias.»

Sobre la Cruz resplandece la bondad de «Jesucristo, quien — dice Lactancio — extendió sobre la Cruz sus manos que han medido la tierra, para significar que de Oriente á Occidente vendrá á colocar bajo su poderosa proteccion un gran pueblo, formado de todas las naciones y hablando todos los idiomas.»

En la Cruz brilla la sabiduría y fuerza de Dios; y en lo que más brillan estos atributos de Dios, dice A. Lápidé, «es en haber triunfado de todo por medio de una cosa que parece tan inensata y débil como la Cruz.»

La Cruz enseña la verdadera ciencia: porque siendo el precio de nuestra redencion, es el libro de la sabiduría y de la ciencia divina; y como dice A. Lápidé, «el hombre más ignorante puede leer este libro divino escrito con sangre y clavos, y verá en él el amor infinito de Jesucristo; la enormidad del pecado; el rigor de las penas del Infierno; enseña todas las virtudes y perfecciones; da á conocer cuánto vale el alma del hombre, que ha costado toda la sangre de un Dios; indica cuán grande será la dicha de los elegidos, puesto que para proporcionár-

sela Jesucristo se ofreció en holocausto.

Así es que todos los Santos han tomado la Cruz casi como el único libro que han tenido constantemente abierto, estudiándolo y meditándolo noche y dia.»

La Cruz constituye el principio de la gloria más grande y el de la felicidad más completa.

«Dios me libre — dice el gran Apóstol — de gloriarme sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está muerto y crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo.» Y San Bernardo: «Todo lo que el mundo mira como una Cruz, lo miro yo como delicias.»

La Cruz es, por último, un trofeo de victoria, pues en ella venció Jesucristo y en ella vencerá el cristiano á la muerte, al pecado, al demonio, al mundo y á la carne.»

Todos los beneficios que brotan de la Cruz, necesitan un medio para transmitirse y un vehículo para comunicarse: y este vehículo y ese medio lo constituye el cristiano.

El cristiano, al recoger para esparcir, y al recibir para dar, consuela á Jesucristo; secunda sus fines; alivia los dolores de su corazon lacerado; se hace el objeto de su amor, de su ternura, de su predileccion y de su cariño; aprovecha, en grande escala los méritos de la Pasion; cumple los más nobles de sus deberes, y ejerce un verdadero Apostolado: El Apostolado de la Cruz.

Este Apostolado, que sin hipérbole, podemos decir, constituye el camino del cielo, reducido á la práctica, y sujeto á un plan que podemos llamar revelado, se acaba de erigir canónicamente en nuestra afortunada Capital, y comienzan á hacerse sensibles sus ventajas, que pronto se extenderán en toda nuestra República.

Esta Obra insigne necesita, para co-